

«AL MINISTRO DE POLICÍA

»Schænbrün, 12 de octubre de 1809.

»Un joven de diez y siete años (1), hijo de un ministro luterano de Erfurth, ha intentado, en la parada de hoy, acercarse á mí; ha sido detenido por los oficiales, y, observando cierta turbación en el muchacho, se han concebido sospechas: se le registró, encontrándosele un puñal.

»Le he hecho comparecer, y el pequeño miserable, que me ha parecido bastante instruído, me ha dicho que quería asesinarme para librar al Austria de la presencia de los franceses. No he descubierto en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo político; me ha parecido que no sabía bien quién fué Bruto. Su fiebre de exaltación ha impedido saber más. Se le interrogará cuando esté más tranquilo y en ayunas. Será posible que la cosa no sea nada.

»He querido informaros de este acontecimiento para que no se abulte más de lo que parece. Espero que no tendrá eco; si lo tuviera, sería necesario hacer pasar á ese individuo por loco. Guardad la noticia secreta para vos; el hecho no ha producido en la parada ningún escándalo; ni yo mismo me he apercibido.

»NAPOLEÓN.

»P. S.—Os vuelvo á repetir, y comprenderéis perfectamente, que no hay que mentar para nada este hecho.»

Luego, tocando el timbre:

—Llamad á Rapp,—dijo al ujier.

—El general está allí.

—¡Pues que entre!

Rapp entró. —Rapp,—dijo Napoleón,—haced marchar un correo seguro, y que entregue esta carta al señor Fouché.

Rapp, con prontitud militar y obediencia pasiva, tomó la carta y se volvió sobre los talones.

—¡A él solo, á él en persona!—gritó el emperador.

(1) La carta existe autógrafa. ¿Fue con intención, y para hacer creer, no en la acción de un hombre, sino en la de un niño, que Napoleón quitó tres años á su asesino?

XI

La ejecución

Al día siguiente del en que, según el programa que había anunciado al señor de Bubna, Napoleón se había marchado de Viena, se extendió el rumor, hacia la tarde, de que el consejo de guerra, convocado por orden del general Berthier, acababa de condenar á Federico Staps á la pena de muerte.

El acusado lo confesó todo, sin tratar de rechazar la acusación, y, después de oír su sentencia, no pidió gracia ni apelación.

Sólo, vuelto al calabozo, pidió que rogaran al teniente relator, que era un joven oficial de cazadores, llamado Pablo Richard, que fuese á verle al día siguiente, pocos momentos antes de la ejecución.

Después oró, pidió que le despertaran temprano, y dió al carcelero, en recompensa de sus cuidados, cuatro federicos de oro que llevaba consigo y que componían toda su fortuna. Hecho lo cual, se acostó, sacó un medallón de su pecho, besándolo repetidamente con ternura, y se quedó dormido, por fin, con el medallón apoyado contra su corazón.

A las seis de la madrugada, el carcelero entró en su cuarto, despertándole.

Entonces Staps abrió los ojos sonriendo, dió las gracias al que, por tan breve tiempo, le devolvía al sentimiento de su existencia, hizo su tocado con una especie de meticulosidad, peinó sus cabellos con particular coquetería, y cuando le preguntaron qué deseaba para almorzar, respondió: —Creo que me bastará una taza de leche.

Acababa de vaciar la taza, cuando el joven oficial de quien la víspera había solicitado una entrevista *in extremis*, apareció en el umbral de la puerta.

Era evidente que el joven teniente de cazadores, aun cuando no dejaba asomar la menor turbación, hubiera preferido que la elección del condenado recayera sobre otro.

—Os agradezco, señor teniente,—dijo Staps,—que hayáis aceptado mi invitación. He de pedir os un servicio.

—Y aquí estoy dispuesto á cumplirlo, caballero,—respondió el oficial.

—No es la primera vez que nos vemos, señor teniente.
—¡Ah, no, señor, y deploro que la suerte me haya escogido para relator en vuestro asunto!

—¡Oh! No aludía á las tres sesiones del consejo de guerra en que hé comparecido, caballero; nosotros nos hemos visto antes.

—Puede ser; pero he olvidado completamente dónde y cuándo tuvo lugar nuestra entrevista.

—Nada más natural: yo estaba enmascarado y vos no.

—¡Ah!—exclamó Pablo Richard, inmutándose.—¿Fué en las ruinas de Abensberg?

—Allí, sí, señor; y por un instante pudisteis creer que ibais á ser fusilado también.

—Por desgracia, lo que fué un juego conmigo, ¡es una realidad para vos!

—Sea; pero vos ignorabais que se trataba de un juego, y marchasteis con decisión hasta el fin. Teniente Richard, sois un valiente, y razón hubo de que os bautizaran aquella noche con el nombre de Ricardo *Corazón de-león*.

El oficial palideció.

—¿Sabéis por qué estaba allí, caballero?—dijo.

—No, teniente; pero sé que un soldado es esclavo de su consigna, como un hombre honrado es esclavo de su palabra... Pues bien: ¡poco me importa lo demás! Reconocí vuestro semblante, y me dije: «Todos los corazones fuertes son hermanos; tú tienes en él un hermano, Staps, y puedes pedirle sin rebozo un servicio.»

—Y no os habéis engañado: todo lo que sea humanamente posible hacer por vos, en los límites de mi deber, lo haré.

—¡Oh! Estad tranquilo,—respondió el primero;—nada he de pedir os que pueda comprometeros.

—Hablad,—dijo el joven.

—Yo amaba á una niña, prosiguió Staps;—sin los acontecimientos que acaban de ocurrir, hubiera sido mi esposa; su padre y mi padre son amigos; nuestro casamiento estaba resuelto...

—Sí,—dijo el oficial;—pero ¿fué entonces, cuando entrasteis en la asociación del *Tugendbund*, entonces que la suerte os designó para matar al emperador, entonces que quedaron dispersas vuestras esperanzas de amor?

—No, señor,—respondió Staps con melancolía.

—Continuad,—dijo el oficial.

—En efecto, tengo los minutos contados... No os impacientéis, que no me haré esperar.

El teniente inclinó la cabeza en signo de afirmación.

—Ya sabéis que se me ha encontrado encima un retrato de mujer.

—Sí, señor.

—Yo pedí que me dejaran ese retrato hasta la hora de la muerte.

—Y ha sido satisfecha la petición sin vacilar

—Pues bien, caballero: cuando yo muera, ese retrato estará aquí, sobre mi corazón.

Y el prisionero apoyó la mano sobre el pecho.

—¿Deseáis ser enterrado con este retrato?

—No; deseo que, después de mi muerte, un amigo lo tome y me haga la gracia de entregarlo un día ú otro á mi prometida, á quien dirá de qué manera he muerto, y sobre todo que he muerto pensando en ella.

—¿Vive en Baviera?

—No, señor; á consecuencia de una terrible catástrofe, su padre y ella se marcharon de Baviera, estableciéndose en Wolfach, pequeña ciudad del ducado de Baden; allí la encontraréis.

—Está bien; en el momento de morir me entregaréis su retrato.

—Ya os he dicho que deseaba morir apretándolo contra mi corazón: vos lo tomaréis de mi cadáver, después de muerto.

—¿El nombre de la joven?

—Está escrito detrás del retrato.

—¿Y eso es todo, caballero?

—No; un último servicio. Me importa mucho, caballero, que no se me confunda con un vulgar asesino. Después de haberme quitado el retrato del pecho, abriréis mi mano derecha; en ella habrá un papel, que me haréis el favor de leer á los oficiales que forman el consejo de guerra, ante el cual he comparecido, y al coronel que lo presidía.

—Será hecho como deseáis. ¿Nada más?

—Nada más.

—Entonces, sólo me queda que estrecharos la mano, caballero, y deseáros valor.

—Acepto la mano y el deseo, caballero, aun cuando el deseo, según podéis ver, sea, por lo menos, inútil. ¿Dónde os volveré á ver?

—En el lugar de la ejecución.

—¿En la explanada, pues?

—En la explanada.

El oficial y el prisionero se estrecharon las manos por última vez, y aquél salió.

La prisión militar en que habían encerrado á Staps, estaba situada en la misma explanada. La ejecución debía tener lugar á las ocho; eran los ocho menos cuarto; la explanada estaba ya invadida por una multitud.

Aquella muchedumbre pertenecía en parte al ejército francés, en parte á la población vienesa.

Cuando vieron salir á Pablo Richard de la prisión, le rodearon pidiéndole noticias del prisionero.

Pablo respondió que el prisionero, habiéndole reconocido por haberle encontrado en Abensberg, le había hecho llamar, como la única persona á quien podía confiar sus últimas voluntades. —¿Le ejecutan decididamente esta mañana?—preguntó un capitán que había formado parte del consejo de guerra.

—Sí,—le dijo Pablo;—¿no sabéis, capitán, que las sentencias de la justicia militar son ejecutivas sin remisión?

—Cierto; pero sé también que el coronel ha hecho decir al preso, que se podía apelar por ante el mariscal Berthier, y el coronel me ha dicho, después de la lectura del juicio, que en caso de una demanda de aquel género, el príncipe de Neuchâtel había recibido plenos poderes del emperador.

—Pues bien,—contestó Pablo;—el condenado no se ha querido aprovechar del aviso del coronel.

—¿Y no se aprovechará?—preguntaron varias voces.

—No. Yo creo que el desdichado, para desear la muerte, tiene alguna razón, que sólo conocen él y Dios.

En aquel momento dieron las ocho.

La puerta de la prisión se abrió. Pasó primero un sargento seguido de cuatro hombres.

Detrás de los cuatro hombres venía el condenado.

Había dejado la levita y el chaleco en su calabozo, y sólo iba vestido con la camisa, el pantalón ajustado y las botas.

Su rostro estaba pálido, pero tranquilo, sin expresión de orgullo ni de debilidad. Veíase claramente que estaba fríamente preparado para la muerte.

Aquel hombre sabía á dónde iba; aun cuando sacrificaba su vida á los veinte años, el entusiasmo no le exaltaba; y si éste era el sentimiento que le había hecho cometer su

crimen, al ver cara á cara la muerte, aquel sentimiento ficticio y febril había cedido su lugar á una resolución inquebrantable, que podía leerse en el ligero fruncido de sus cejas y en los pliegues de la barba y los labios, que daban á su boca la apariencia de una sonrisa.

Detrás del condenado seguía el resto del pelotón; esto es, seis hombres.

Apenas hubo dado tres pasos fuera de la muralla, miró alrededor de sí, como buscando á alguien.

Sus ojos tropezaron con los del teniente Richard, que parecía decirle: «Aquí estoy; ya veis que mantengo mi palabra.»

Entonces saludó con la cabeza, y las ligeras huellas de inquietud que habían sombreado su rostro por un momento, desaparecieron.

La comitiva siguió avanzando hacia el lugar de la ejecución.

De pronto sonó un cañonazo.

—¿Qué es esto?—preguntó Staps.

—Es la paz, firmada esta noche, y que el estampido del cañón anuncia á Alemania.

—¿La paz?—repitió el prisionero.—¿Es cierto lo que me decís?

—Sin duda,—le respondieron.

—Entonces, dejad que dé gracias á Dios.

—¿De qué?

—De que haya devuelto la tranquilidad á Alemania.

Y el joven, hincando una rodilla en tierra, entre las dos filas de soldados, murmuró una plegaria.

Al levantarse, se le acercó Richard y le dijo: —¿Este hecho motiva algún cambio en vuestras disposiciones?

—¿A propósito de qué me hacéis esta pregunta, caballero?

—Es que si pidierais la gracia, es posible...

El condenado le detuvo.

—¿Sabéis qué servicio espero de vos, teniente?

—Sin duda.

—Pues bien; dadme entonces la mano.

Richard le tendió la mano.

Staps pasó de su diestra á su izquierda un objeto que Richard no pudo ver; hecho lo cual, apretó cordialmente la mano del oficial.

Después el cortejo siguió su camino.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 2625 MONTERREY, MEXICO

Había que andar unos trescientos pasos desde la cárcel al sitio donde debía tener lugar la ejecución.

No transcurrieron menos de diez minutos en recorrer aquel trayecto.

Durante los diez minutos, el cañón retumbó con regularidad de minuto en minuto; Staps pudo entonces convenirse de que no le habían engañado, y persuadirse, por la regularidad de los disparos, de que se trataba de una grande solemnidad.

Al llegar á los glacis, el destacamento hizo alto.

—¿Es aquí?—preguntó Staps.

—Sí, señor,—respondió el sargento.

—¿Puedo escoger el sitio hacia donde deseo volverme al morir?

El sargento no le entendió.

Richard volvió á acercarse.

Staps repitió su pregunta, que Richard explicó al sargento; el condenado deseaba morir de cara á occidente, esto es, mirando hacia Abensberg.

Fuéle concedida la petición.

—Caballero,—dijo Staps á Richard,—ya sé que soy muy exigente; pero como no tengo la pretensión de mandar el fuego por mí mismo, no siendo militar, desearía que fuese mandado por la voz de un amigo que tengo entre los que han venido á verme morir.

Richard miró al sargento.

—Mandad, teniente,—dijo éste.

Richard respondió á Staps con un movimiento de cabeza que significaba que su deseo quedaría satisfecho.

—Entonces estoy dispuesto,—dijo el condenado.

Un soldado se aproximó con un pañuelo.

—¡Oh, teniente!—dijo Staps.—¿Creéis que haya necesidad de esto?

El teniente Richard hizo un signo, y el soldado se alejó con el pañuelo.

Entonces, con voz menos firme que la que empleó para sí en las ruinas de Abensberg:

—¡Atención!—profirió el teniente.

En medio del profundo silencio que reinaba en los glacis, se oyó el retintín de los fusiles. —¡Preparen... ar!

El estampido de un cañonazo llenó el espacio.

—¡Apunten... ar!

Luego, cómo el teniente vacilara en pronunciar la última palabra: —¡Fuego!—exclamó Staps con voz firme.



Los soldados no pusieron atención en si la orden la daba el teniente ó el condenado, y obedecieron.

Estallaron los fusiles, y Federico Staps cayó traspasado por ocho balas.

El teniente Richard había vuelto los ojos á otro lado. Cuando los dirigió al condenado, vivo un minuto antes, y que ya sólo era un cadáver, vió que el joven había muerto con la mano izquierda sobre el pecho, y la mano derecha cerrada.

Se acercó al cadáver. —Amigos,—dijo,—este desdichado me dejó sus últimas instrucciones. Hay en su pecho un retrato de mujer, y en su mano un billete.

Los soldados se apartaron con respeto.

Entonces Richard puso una rodilla en tierra, levantó el cuerpo de Staps, desabrochó el botón de la camisa, vió una cadenita de cabello delgada como un hilo, y la tiró fuera del pecho del joven.

De la cadena pendía un medallón.

El teniente, no sin vacilar, buscó con los ojos el retrato, y, al verlo, profirió un grito.

—¡Margarita Stiller!—dijo.—¡Oh! ¡Lo sospechaba! Luego, precipitándose hacia la mano derecha del cadáver, que abrió con algún esfuerzo, arrancó un papel y lo desplegó.

El papel sólo contenía estas palabras:

«Concedo la gracia.—NAPOLEÓN.»

—¡Oh! ¡Desdichado!—exclamó Pablo Richard.—¡Ha querido morir!

Después añadió con voz sombría, apretando con mano convulsiva el medallón y el papel:

—¡Yo soy el causante de su muerte! ..

XII

La retirada

El 14 de septiembre de 1812, desde lo alto del monte de la Salud, Napoleón, bajo los rayos de un sol de verano, había visto brillar las cúpulas doradas de la ciudad santa; y todo el ejército, disminuido en una cuarta parte por la batalla de Moscou, pero fuerte todavía de noventa mil hombres, había batido palmas á aquella vista, exclamando: «¡Moscou! ¡Moscou!», como catorce años antes, pe-